



DOMINGO 22 DEL TIEMPO ORDINARIO CICLO A
LA PERSPECTIVA DE LA CRUZ
Autor: Jesus Marti Ballester

1. “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” Jeremías 20,7. Jeremías, elegido profeta por Dios a los veinte años, encarna en su vida personal su propia misión. Profeta de desgracias y catástrofes, no es aceptado ni por el pueblo ni por los dirigentes, que buscan siempre que el profeta les halague los oídos. Como no es así, es perseguido y martirizado de forma tal que su figura y su vida parecen un evangelio anticipado de Jesús doliente, al igual que una fuente de inspiración del Deutero-Isaías para plasmar los cánticos del Siervo de Yavé. Así, teniendo que llevar esta vida, comprendemos que Jeremías utilice una imagen dramática: confiesa que ha sido seducido por Dios, como una mujer joven débil, forzada y vencida y encima, humillada. La palabra le exige gritar violencia y destrucción.

2. El Señor le tocó la boca y le dijo: "Yo pongo mis palabras en tu boca..., para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar" (Jr 1,10). Comienza a hablar y las palabras no se cumplen con lo que se convierte en hazmerreir de la gente, que

lo considera propalador de falsas alarmas, y de amenazas incumplidas. "La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio".

3. El profeta ha visto destrucción, pero ¿dónde está la construcción que se le prometió? Tan fuerte fue su depresión, tan agudo su sufrimiento, que decidió no hacer caso de la palabra, "pasar" de la inspiración. Pero no pudo conseguirlo porque "la palabra era en mis entrañas fuego ardiente". Fuego ardiente que se apodera del profeta que luchaba por contenerlo y no podía, silenciar la palabra y se le hacía imposible. Tenía que hablar porque la palabra le quemaba en las entrañas. Estamos ante la confluencia del misterio de la acción de Dios a través de la inspiración y la libertad humana que, aunque ofrece resistencia, tiene necesidad de obedecer, hacer y decir lo que Dios le impone. Incluso en la predicación nuestra ordinario, cuántas veces después de haber predicado nos asombramos de haber dicho lo que hemos dicho, como si no hubiera salido de nosotros! El misterio está en que ni la inspiración divina anula la obra del hombre, ni la intención del hombre impide la acción de la inspiración.

4. A pesar de todo, el profeta, como el salmista, perseguido y alejado del templo santo, siente nostalgia de la cercanía de Dios, que es su felicidad única. Sus enemigos le han desterrado. El alma fina de David, a quien se le atribuye el salmo 62, cuando era perseguido por su hijo Absalón está plenamente reflejada en los afectos y sentimientos del salmo, que manifiesta su sed de Dios: "Mi alma está sedienta de Dios, a quien recuerda cuando le contemplaba admirado en el santuario, viendo su fuerza y su gloria, y le promete que le bendecirá toda su vida, y sus labios le alabarán jubilosos, porque sabe que el Señor es su auxilio y que su diestra le sostiene" Salmo 62. Dios es el centro del alma del salmista. Hagamos nuestros sus expresiones y sus sentimientos. Su alma delicada, que se expresa con toda efusión cuando se dirige al Señor, se torna enérgica y llena de vigor al hablar de sus enemigos, según la mentalidad del Antiguo Testamento.

5. "Empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día" Mateo 16,21. En esta predicación, Jesús manifiesta su aceptación y la voluntad indeclinable del Padre, expresada en "él tiene que ir".

Jesús se revela como el Siervo de Yavé doliente, triturado y abrumado por el sufrimiento, por eso esta lectura va enlazada con la de Jeremías. Ha sido inmediatamente después de la confesión de fe proclamada por Pedro de su filiación divina, y de la promesa al mismo del primado, que meditamos el domingo anterior. Para que los discípulos no se hicieran falsas ilusiones

acerca de su futuro y del de Pedro.

6. Como Pedro ha sido encumbrado en el pasaje anterior, toma ahora la palabra considerándose constituido superior y responsable, disuadiendo a Jesús de la profecía: "¡Líbrate Dios, Señor! ¡No te pasará a tí eso!". No olvidemos, no obstante, que al anunciar Jesús la cruz y la muerte, profetiza también su resurrección al tercer día. Pero no deja de decirle a Pedro que es un tentador, y que su idea del Hijo de Dios no es la de Dios sino la de los hombres. A pesar de haber recibido la revelación del Padre, sigue siendo él mismo. La revelación no cambia al hombre de raíz, es algo así como la ordenación sacerdotal que nos configura con Cristo, pero nos deja con nuestra propia naturaleza.

7. Y si esto le va a suceder a él, les ocurrirá lo mismo a "los que quieran venirse conmigo". "El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga". ¿Qué clase de cruz han de tomar sus discípulos? Algunos habrán de tragarse su mismo cáliz sangriento. Los más, habrán de cargar con la cruz de sus propias personas, de sus circunstancias, de las personas de su convivencia diaria, de su trabajo, o de su falta de empleo, de su enfermedad, de sus costumbres que detestan, pero a las que están sometidas y adheridas, de su poca simpatía que las hace poco apreciables y humilladas. La sicología, con toda la influencia que recibe de Oriente, considera clave de la felicidad el polo opuesto, aceptarse a sí mismo.

8. La felicidad. Es la meta del mundo. Todo el mundo quiere ser feliz, se propone y busca alocadamente ser feliz. ¿Está Jesús en contra del deseo de felicidad del hombre?. Absolutamente, no. Nos ha creado para ser felices, quiere que seamos felices, pero nos cambia la escala de valores, que proclamó en las Bienaventuranzas, que sería el canto supremo de la FELICIDAD. En efecto, los santos han sido personas que no han buscado obstinadamente la propia felicidad, sino que han querido sencillamente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo. Ellos nos indican el camino para ser felices y nos muestran cómo se consigue ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia, han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han remontado a la humanidad de los valles oscuros y la han iluminado lo suficiente para aceptar la posibilidad de aceptar – tal vez en el dolor – la palabra de Dios al terminar la obra de la creación: «Y era muy bueno». Así san Benito, san Francisco de Asís, santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Carlos Borromeo, los fundadores de las órdenes religiosas del siglo XVIII, que han animado y orientado el movimiento social, o los santos de nuestro tiempo como Maximiliano Kolbe, Edith Stein, Madre Teresa de Calcuta, Padre Pío de Pietrelcina. Han alcanzado la felicidad completando la voluntad de Dios sobre ellos, negándose a sí mismos, expresión oriental que significa "vivir de

cara a los demás, vivir para los otros, no ser egoísta". Negarse es decirse muchas veces que no. Ante el televisor, ante las lecturas, ante las apetencias de los pecados capitales, soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. No se trata de negar lo que somos sino lo que hemos llegado a ser. Somos creados a imagen y semejanza de Dios, pero en nuestra vida hemos ido desfigurando esa imagen y ahora nos toca ir derribando lo que hemos ido acumulando para dejar reprimada la imagen de Dios y ser tales cuales el Señor quiere que seamos. Cuando pasó de moda el románico en arquitectura, se destruyó en los templos el románico para convertirlo en gótico, al gótico le sucedió el barroco y cuando éste pasó de moda, se inventó el renacimiento. Cuando se quiera que volver al origen, se tendrán que demoler los estilos precedentes para retomar el románico. Dios nos creó felices. No lo somos, pues a derribar las reformas anteriores, a quitar las capas superiores de la cebolla hasta que quede el boceto feliz, puro y blanquísimo que fue su primer origen. Felices. Esa es nuestra tarea en nuestra vida, podar nuestra viña para que de fruto, a costa del llanto de la vid cuando recibe el tijeretazo de la podadera. El Padre nos ayuda a esa limpieza, "pues limpia los sarmientos para que su fruto sea más abundante" (Jn 15,1).

9. Jesús aconseja cargar con la cruz cuando la coloquen sobre nuestros hombros quienes se rían de nosotros, al vernos vivir de cara a los demás, intentando acabar con nuestro estilo de vida, tan diferente al suyo. Negarse a sí mismo y cargar con la cruz es necesario para seguir a Jesús. Negarse es amar. Y el verbo amar tiene muchas facetas. Si se ama, se niega la frase despectiva para no humillar al compañero o a la esposa; se niega la desgana del cumplimiento de la palabra, de la atención al problema que nos disgusta, de recibir al que nos visita, aunque nos disguste, de vencer nuestro gusto por mucho que nos cueste, de realizar las tareas más ingratas porque no son espectaculares. Que cada uno encuentre su modo de ser y vivir de cara a los demás y así lo siga hasta la muerte, con la convicción de que el final no es la cruz, sino la resurrección, la vida, la alegría definitiva. No hay que entender nuestra fe como término, como una religión para los tristes sino para los que están colmados de gozo. ¡Dichosos los que sepan aceptar y amar su cruz, porque, aunque en ello pierdan la vida, la recuperarán glorificada! Porque el que sigue a Jesús en la cruz, le sigue en la gloria de la resurrección. Por algo en la predicción él ha unido los dos acontecimientos de la Pascua: morir y resucitar.

10. "El es la vid y el Padre es el labrador, y limpia los sarmientos que dan fruto, para que su fruto sea más abundante" (Jn 15,1). A nuestro mundo, que rehuye con todas sus fuerzas la cruz, y busca con todas sus ansias el placer, la gloria, el relumbrón, el trepar escalones, sin darse cuenta que lo que más sube es lo que menos vale, como el humo, la paja, el polvo, le resulta

anacrónico este lenguaje, pero, al igual que la vid no puede dar buena cosecha sin el llanto de la poda, y los sabios galardonados con el premio Nóbel, no han llegado a tal honor sin el sacrificio del estudio y de la investigación constante, y de sacrificar muchos otros deleites, el hombre, el cristiano, no puede llegar a la Vida, sin perder la vida por Cristo.

11. Por eso nos dice San Pablo: "No os amoldéis al mundo éste". "Presentad al Señor vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable" Romanos 12,1.

12. Pero esto ni lo hacemos solos, ni con solas nuestras fuerzas. Tenemos la compañía del Señor y sus sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que nos robustece y nos da auxilio.

JESUS MARTI BALLESTER

www.jmarti.ciberia.es

jmarti@ciberia.es

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

www.caminando-con-jesus.org

p.s.donoso@vtr.net